

Libros

Francisco Cortés Rodas

La verdad en el infierno: diálogo filosófico en las voces de Hobbes, Kant y Maquiavelo

Bogotá, Siglo del Hombre, 2002. 218 pp.

En un contexto dominado por el ruido de las armas y el silencio de los intelectuales, es muy grato presentar un libro fruto del esfuerzo de la razón, del hacer de la academia y de las preocupaciones por el devenir de la filosofía y de la ciencia políticas. Los libros siempre han sido maneras de enunciar verdades distintas de aquellas ofrecidas por la fuerza, llevan en sí mismos la pretensión de convencer con argumentos y se constituyen en los productos más acabados de la cultura universal.

Por esas razones, el lanzamiento de un libro siempre será motivo de regocijo y más en una sociedad que pareciera haber elegido el camino del pragmatismo y del desprecio por todo aquello que no pueda comerse ni beberse o que no sea susceptible de medirse en equivalentes universales como el dinero.

En el libro que hoy tengo el honor de presentar al público, el Doctor en filosofía, Francisco Cortés, opta por la

estrategia del diálogo para la presentación de sus argumentos. Con ello, recoge una vieja tradición de la filosofía que viene desde Platón y que resulta muy sugestiva, pues permite no sólo poner en evidencia los ejes constitutivos de las grandes armazones teóricas de los autores escogidos, sino también deshacer los tópicos que han pasado al patrimonio de manuales e historias del pensamiento, por vía de comentaristas y exégetas, pero sobre todo por la de las diatribas de sus contradictores de todos los tiempos.

Los tres autores escogidos para la puesta en escena de los diálogos, constituyen a no dudarlo el trípode de la filosofía política moderna y desenvuelven sus debates desde el infierno; ese lugar de sombras y de olvidos que el viejo Maquiavelo prefería al eterno aburrimiento de un cielo poblado de ingenuos, santos y justos. Allí discuten, unas veces animadamente y otras de manera agresiva, los presupuestos conceptuales

de sus respectivas obras y las de sus contertulios, trayendo en su ayuda las voces de otros autores más contemporáneos que de alguna manera, no lineal, siguieron sus huellas hasta el presente.

La obra está dividida en veintitrés diálogos en los cuales los filósofos exponen con frescura sus aproximaciones a los temas eternos de la política: el Estado y sus límites; la ética, instrumental o de principios; la ciudadanía, sus derechos y libertades; el orden jurídico y el político; los avatares de las repúblicas; los asuntos de la violencia y la unificación del poder en el Estado. Pero en el trasfondo de los debates, se perciben otras voces, las de sus continuadores y detractores más contemporáneos: Carl Schmitt, Arthur Schopenhauer y Hannah Arendt, abriéndose así un amplio horizonte para el devenir de la filosofía política en presente.

Por aquel escenario del infierno –cantado por Dante– discurre Schopenhauer, traído de la mano por el viejo burócrata florentino para defender, contra Kant, la separación de la moral y la política. Se hace presente allí también Carl Schmitt, descalificado por los dos primeros contertulios en razón de su visión totalitaria. Hannah Arendt, vendrá entonces en auxilio de las tesis kantianas para subrayar que la razón de ser de la política es la libertad y su campo de experiencia la acción y, sobre todo, para criticar a Maquiavelo por aceptar la violencia, cuando el propósito es el de fundar la República y unificar el poder.

De esta manera, el profesor Cortés logra transformar un diálogo entre autores, entre complejos aparatos conceptuales, extensos e inconmensurables, en un diálogo sobre objetos, sobre temáticas, sobre categorías analíticas en cuyo trasfondo palpita la eterna tensión de la filosofía: la tensión entre el ser de la política y del poder, y el deber ser del derecho y de la moral. Los nueve primeros diálogos se desarrollan entre los realistas de la política, Maquiavelo y Hobbes, con sus acuerdos y diferencias. Pero la llegada de Kant, anunciada de manera solemne por su fiel lacayo Lampe, trastoca el sentido de los debates e introduce nuevas reflexiones que prefiguran aquel diálogo que han mantenido durante muchos años los filósofos y los politólogos; diálogo difícil, cruzado por tensiones, por conflictos, por mutuos desconocimientos y hasta por hostilidades.

En el libro del profesor Cortés, se logran contrastar los modelos teóricos del realismo político: Maquiavelo y Hobbes en el primer plano de la escena y Schmitt y Schopenhauer detrás de bastidores, contra las propuestas de deber ser de la política expuestas por Kant y matizadas por el republicanismo arendtiano. Se confrontan pues las dinámicas en las relaciones de poder contra los propósitos éticos para el logro de la libertad y la convivencia; la política como praxis y la política como lexis; la visión antropológica del hombre y su condición imperfecta frente a la visión perfectible de la condición humana a través de la búsqueda de libertad y de la acción política.

Maquiavelo y Hobbes representan en esa puesta en escena el pesimismo antropológico, la condición de un ser humano plagado de egoísmos, atezado por los miedos y agobiado por las violencias recíprocas que harían necesario un Leviatán o una república cívica que instaurara un orden político centralizado, todopoderoso y, principalmente, escindido de los ordenes morales o sacros.

Si bien entre ambos realistas políticos existen amplias diferencias que quedan plenamente documentadas en los nueve primeros diálogos, los dos sitúan sus reflexiones y elaboran sus propuestas éticas en el hacer político, en la condición imperfecta de los seres humanos. Y validan dichas éticas, más en las reglas y en los procedimientos que en los valores substanciales: la política, según estos dos autores, no se funda en la moral; por el contrario, ella tiene sus propias leyes de validación en un mundo que, como diría más adelante Max Weber, se descentró y entró por la senda de la gran profanación.

Pero la entrada solemne de Kant en ese diálogo de realistas cuyo horizonte era el hombre con su carga de limitaciones, cambia el tono de la discusión e introduce nuevos temas que apuntan a una fundación de la política en la moral y en la percepción del derecho como garantía del orden social y contra los horrores de la guerra y del estado de naturaleza... sin necesidad de Leviatanes ni príncipes poderosos. Esta desconianza de Kant en la fuerza como recurso

del orden y su insistencia en la posibilidad del consenso o del asentimiento racional para construir el universo de lo público, obliga a nuestros realistas a volver de otra manera sobre los temas de la moral, de la virtud y de la ley. Kant, se convertirá en el centro del debate.

Kant desarrolla sus planteamientos en los nueve diálogos subsiguientes, exponiendo algunos de los elementos de su razón práctica como base para el desarrollo de las doctrinas sobre la moral y el derecho; pero sobre todo para contra argumentar las tesis de Arthur Schopenhauer—traído por Maquiavelo—quien pretendió afirmar, entre otras cosas, que la subordinación del derecho a la moral propuesta por la filosofía kantiana, suponía como fin último del Estado la eliminación del egoísmo; y que el derecho apenas puede ser pensado para evitar las consecuencias negativas que resultan de la búsqueda incesante de la propia felicidad. Kant subraya, con mucha vehemencia, que su pretensión no es eliminar los deseos, los egoísmos y las tensiones que surgen de la búsqueda de la propia felicidad, sino, en efecto, evitar sus consecuencias negativas.

Los últimos diálogos están dedicados a la exposición que hace Kant de las teorías de Hannah Arendt, a través de las cuales puede reafirmar, contra los realistas, que la razón de ser de la política es la libertad y su campo de experiencia la acción; y, además, que la violencia poco o nada tiene que ver con la política. Maquiavelo cierra la conversación expo-

niendo sus aproximaciones sobre la religión y la justicia en el contexto de la lógica política propuesta por él.

Si bien pareciera que los contertulios en el infierno tuviesen posiciones irreductibles, a lo largo de los veintitrés diálogos se advierte que la intención de Cortés pudiera ser la de proponer un criterio de lo político que fuera más allá de estos autores, sin caer en la trampa del punto medio virtuoso. La tercera vía, como lo propone el autor en el diálogo veintidós, es “conformar una república democrática, a saber, construir la cosa pública, abrir el marco de acción de una esfera de lo político que haga posible que la sociedad ejerza su propio poder y decida sobre sí misma; crear un espacio público para el actuar conjunto de libres e iguales; en el que prime el poder de convicción, de la acción y la palabra y en el que se le tracen límites políticos a la violencia” (p. 196). Quizá este propósito del autor es el que le anima a la recuperación arendtiana a través de Kant.

En la puesta en escena de este complejo debate, los personajes se mueven en un escenario virtual como portavoces de sus ideas; pero en tanto que personajes de una obra, exhiben sus formas particulares de ser, de comportarse, de hablar y de vestirse; llegan con sus historias personales, con los fantasmas que los acompañaron y revestidos con los aires de sus tiempos que, para bien o para mal, marcaron sus trayectorias vitales y sus itinerarios intelectuales.

A través de esa representación teatral, Cortés logra una cosa muy difícil en el que hacer de nuestras disciplinas: crear expectativa, construir una intriga, elaborar la espera de un imposible desenlace, hacer que el lector se interrogue sobre lo que pasará más adelante; que se pregunte por ejemplo cómo reaccionará Kant, señalado como idealista por sus contertulios; cómo se defenderá Maquiavelo, confrontado desde la perspectiva arendtiana; de qué otros argumentos echará mano Hobbes para sostener la necesidad de ese hombre artificial, de esa máquina estatal que sus interlocutores veían como la antesala de los totalitarismos.

Esa estrategia expositiva del autor, que para algunos puristas puede resultar no ortodoxa y quizá un poco espectacular, es lo que hace de ésta una obra de divulgación filosófica que, sin sacrificar un ápice de rigor teórico y ni las exigencias de la filosofía “pura y dura”, ofrece a los lectores una aproximación sintética, abierta y esclarecedora a un debate central de la política. A un debate que por cierto a veces los filósofos hacen ininteligible, por las maneras de presentarlo o por ese manido empeño de los académicos en levantar muros infranqueables en torno del saber y del conocimiento.

Pero además, el texto es provocador. Con frecuencia uno quisiera intervenir en ese diálogo, preguntar, disentir, interpelar o ahondar en las preguntas formuladas y en las respuestas ofreci-

das. A veces uno quisiera, por ejemplo, preguntarle a Hobbes por qué desconoce la interpretación que hace Schmitt de su Leviatán, si logró articular de manera tan brillante la relación orgánica entre la guerra y la política; o interrogar a Maquiavelo por la razón de traer en su ayuda a Schopenhauer, si su crítica a la fundación moral de la política es tan sólida. A veces uno quisiera también que se llamara a un colombiano del común, de esos que deben poblar el infierno por estos días, para que en nombre de los realistas políticos del presente interpele a Kant sobre lo que pasa en un país de la perdida América del Sur, donde el derecho no es el estatuto del asentimiento racional sino un arma arrojada para atacar a los enemigos y favorecer a los amigos.

En suma, los diálogos propuestos por Francisco Cortés podrían prolongarse infinitamente, como infinito es el infierno descrito por Dante, y tienen la virtud de dejar abierta una discusión que a pesar de los grandes avances de la filosofía política en los últimos tiempos, de los nuevos temas incorporados a su agenda y de los giros inesperados de un mundo globalizado, está lejos de agotarse y que hace cada vez más necesario volver a los clásicos, con preguntas más precisas e indagaciones más puntuales. Quizá por eso los tres autores parecen mirarnos desde el infierno con una sonrisa cómplice.

María Teresa Uribe
Profesora e investigadora
Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia